

DRAMATIS PERSONAE

LUCIO SETTALA
LORENZO GADDI
COSME DALBO
SILVIA SETTALA
FRANCISCA DONI
GIOCONDA DIANTI
LA NIÑA BEATA
LA SIRENETTA

En Florencia y en la marina de Pisa.

En nuestro tiempo.



ACTO PRIMERO

Una estancia cuadrada y quieta, donde la disposición de todas las cosas revela la persecución de una armonía singular, e indica el secreto de una correspondencia profunda entre las líneas visibles y la cualidad del ánimo habitadora que las ha escogido y las ama. Todo parece ordenado por las manos de una gracia pensativa. La imagen de una vida dulce y recogida emana del aspecto del lugar. Dos grandes ventanas hay abiertas sobre un jardín; por el hueco de una, se alza sobre el campo sereno del cielo la colina de San Miniato, y el convento y la iglesia de la Cronoca, la «Bella Villanella», el más puro vaso de la sencillez franciscana. Una puerta lleva a los departamentos interiores y otra da a la salida. Empieza la tarde. Por entrambas ventanas entran la lumbre, el aliento y la melodía de abril.

ESCENA PRIMERA

Aparecen sobre el umbral de la primera puerta SILVIA SETTALA y LORENZO GADDI, el viejo, avanzando uno al lado del otro, entrando juntos en la fresca primavera.

SILVIA ¡ Bendita sea la vida! Por haber tenido siempre encendida una esperanza, hoy puedo bendecir la vida.

LORENZO ¡ La vida nueva, cara Silvia, buena criatura valerosa, tan buena como fuerte! La tempestad ha pasado. Lucio retorna a usted lleno de reconocimiento y de ternura, después de tanto mal. Parece que renace. Antes tenía los ojos de un niño.

SILVIA El recupera siempre su bondad cuando usted está a su lado. Al llamarnos maes-

tro, su voz se hace tan afectuosa que vuestro gran corazón paterno debe palpitár.

LORENZO Antes tenía los mismos ojos que cuando vino a buscarme por primera vez y yo le puse la greda entre las manos. Sus ojos eran atónitos y dulces; mas al final de aquel tiempo su pulgar era enérgico y revelador. Conservo su primer esbozo. Pensé ofrecérselo, como un don, el día de vuestros esponsales. Os lo daré como augurio de la nueva felicidad.

SILVIA Gracias, maestro.

LORENZO Es una cabeza de mujer coronada de laurel. Recuerdo: había allá una pequeña modelo mediocre. Laborando, él la miraba de soslayo. A veces parecía absorto y a veces ansioso. Salió de sus manos una especie de máscara confusa, en la cual va se entreveía no sé qué lineamiento heroico. Permaneció durante algunos minutos perplejo y descorazonado, y casi vergonzoso delante de su obra, no osando volverse a mí. Mas súbitamente, antes de abandonarla, con unos cuantos toques ciñó en torno de la cabeza una corona de laurel. ¡Aquel raptó me agradó! Él quiso coronar en el barro su sueño inexpresso. El fin de su jornada fué un acto de orgullo y de fe. La amé desde aquel instante por aquella corona. Os daré el boceto. Mirándolo con atención, sabréis, quizás, adivinar aquel rostro ardiente de Safo, aquella figura ideal que algunos años después él supo conducir a la perfección de una obra maestra.

SILVIA (Que escucha ávidamente.) ¡Sentaos, sentaos, maestro! ¡Permaneced aquí otro poco, yo os lo ruego! ¡Sentaos aquí, junto a la ventana! ¡Deteneos aun unos cuantos minutos! Tengo millares de cosas que contaros y no sabré decir una sola. Qui-

siera vencer este temblor continuo que me agita... Necesito comprender...

LORENZO ¿La alegría os hace temblar? (El se sienta junto a la ventana. Silvia, apoyada la cintura en el alfeizar, permanece vuelta hacia él; y su rostro campea en el aire cerúleo donde se eleva la bella colina religiosa.)

SILVIA No sé si es la alegría... A veces todo aquello que fué, todo el mal, todo el dolor, y la sangre y las cicatrices, todo se dilata, desaparece, perdiéndose en el olvido, en la nada... Otras, todo aquello que fué, todo el horrible peso de la memoria, se adensa, se agrava, se hace compacto y opaco y duro como una muralla, como una roca, que yo no debo levantar jamás... Antes, cuando hablabais, cuando me ofrecíais aquel don inesperado, pensaba: «¡Yo cogeré entre mis manos aquel pedazo de greda donde él arrojó la primera simiente de su dueño como en una zona fecunda; lo cogeré entre mis manos; andaré hacia él sonriendo, llevándole intacta la parte mejor de su alma y de su vida, y no hablaré, y el reconocerá en mí el custodio de todo su bien, y nunca más querrá alejarse de mi lado, y nosotros seremos jóvenes aún, seremos jóvenes aún!» Así pensaba, y el pensamiento y el acto se confundían con una facilidad increíble. Vuestras palabras transfiguraban el mundo... Después, un soplo pasa, un hálito, el más tenue aliento, un nada, y disipa todas las cosas y destruye todas las ilusiones, y la ansiedad retorna, y el temor y el estremecimiento... ¡Oh, abrí! (Súbitamente se vuelve hacia la luz, en un largo suspiro.) ¡Cómo turba este aire, tan puro y tan límpido! Todas las esperanzas y todas las desesperaciones pasan en el viento con el polvo de las

flores. (Ella se inclina sobre el alfeizar, llamando.)
¡Beata! ¡Beata!

LORENZO ¿La pequeña está en el jardín?

SILVIA Miradla allá, corriendo entre los rosales. Está loca de alegría. ¡Beata! Se ha escondido detrás de un vallado, y se ríe... ¿La oís reír? ¡Ah!, cuando ella ríe yo conozco la alegría de las flores que se llenan de rocío hasta los bordes del cáliz. Así su risa fresca me colma el corazón.

LORENZO Lucio también debe oírla y eso le consolará.

SILVIA (Grave y temblorosa, inclinándose hacia el maestro y cogiéndole una mano.) ¿Usted cree que él se ha curado verdaderamente de toda plaga, que vuelve a mí con toda su alma? ¿Habéis sentido esto, viéndole, hablándole? ¿Qué os dice el corazón?

LORENZO Antes me pareció que tenía el aspecto de un hombre que recomienza a vivir con un sentido nuevo de vida. Aquel que ha visto el rostro de la muerte no ha podido dejar de ver, aunque fuese en un relámpago, el rostro de la verdad. Sus ojos se han desvendado. El os reconoce enteramente.

SILVIA Maestro, maestro, si os engañaseis, si la esperanza fuese vana, ¡qué sería de mí? He consumido todas las fuerzas.

LORENZO ¿Y qué teméis ahora?

SILVIA El ha querido morir; mas la otra... la otra vive, y yo sé que es implacable.

LORENZO ¿Y qué podría ella ahora?

SILVIA Todo lo podría, si fuese aún amada.

LORENZO ¿Amada aún? ¿Aún tras la muerte?

SILVIA ¡Aún tras la muerte! ¡Ah, comprended mi angustia! Por ella Lucio ha querido morir en una hora de delirio y de furor. Pensad cuánto debe amarla, cuando ni el recuerdo mío, cuando ni el recuerdo de Beata, pudieron detenerle. El era en-

tonces, en aquella hora terrible, enteramente suyo, su presa; ella era lo más culminante de su fiebre y de su espasmo. ¡El resto del mundo había desaparecido! ¡Pensad cuánto debía amarla! (La voz de la mujer es baja, pero lacerante. El viejo inclina la cabeza.) Ahora, ¿quién puede decir lo que ha pasado en él, después del golpe; cuando el vacío de la muerte ha cruzado sobre su alma? ¿Se ha despertado *in-memore*? ¿Ve un abismo entre su vida que se renueva y la parte de sí que se ha quedado más allá de aquel vacío? O bien, o bien..., ¿la imagen ha vuelto a surgir del profundo, y permanece sobre la sombra para siempre, dominadora, con un relieve indestructible? ¡Decid! ¡Decid!

LORENZO (Perplejo.) ¿Quién puede decir?

SILVIA ¡Ah! ¡Ni usted mismo osa consolarme! ¿Conque es así? ¿No hay remedio?

LORENZO (Cogiéndole las manos.) ¡No, no, Silvia! Yo entendía... ¿Quién puede decir las mudanzas que a una naturaleza como la suya pudo llevar una fuerza tan misteriosa? Todo anuncia en él la aparición de un nuevo bien. Mirarlo cuando sonríe. Antes, allá, al alejaros para acompañarme, cuando os besó estas queridas manos, ¿no habéis sentido que todo su corazón se estrujaba de ternura y de humildad?

SILVIA (Encendido el rostro de una tenue llama.) Sí, es verdad.

LORENZO (Mirándole las manos.) ¡Queridas, queridas manos, valerosas y bellas, seguras y bellas! Son de una extraordinaria belleza vuestras manos, Silvia. Tantas veces el dolor os las ha hecho cruzar, que las ha sublimado, dándoles la perfección suprema. Son perfectas. ¿Recordáis la dama del Verrocchio, la dama del ramillete,

aquella de los cabellos en racimos? ¡Ah!
¡Está allá! (A la sonrisa y a la mirada de Silvia,
se vuelve y contempla una copia del busto que hay co-
locada en un pequeño armario, en un ángulo de la es-
tancia.) ¡Habíais ya reconocido el paren-
tesco! Aquellas dos manos parecen con-
sanguíneas de las vuestras, son de la
misma esencia. Viven ¿es verdad? de
una vida tan luminosa, que el resto de la
figura parece obscurecido.

SILVIA (Sonriendo.) ¡Oh, alma siempre joven!
LORENZO Cuando Lucio reemprenda su trabajo,
debe el primer día modelar vuestras ma-
nos. Yo tengo un pedazo de mármol an-
tíguo encontrado en los Huertos Oricel-
lari. Os lo daré para que las esculpa en
él y después las cuelgue como un *ex-
voto*.

SILVIA (A quien pasa una sombra por la frente.) ¿Creéis
que volverá pronto a su labor? ¿Lo de-
sea? ¿Os ha hablado?

LORENZO Sí, antes, cuando usted no estaba allá.
SILVIA ¿Qué os decía?

LORENZO Cosas vagas y deliciosas; imaginaciones
de convaleciente. Lo conozco. Yo tam-
bién he estado enfermo. Ora, le parece
haber olvidado su arte, vivir extraño a la
belleza. Y a veces cree que sus pulgares
han adquirido una virtud mágica y que
al más sencillo toque las formas deben
surgir del barro con la facilidad de los
sueños... Siente inquietud por el aban-
dono en que cree se halla su estudio, le-
jano, sobre el Mugnone. Me ha rogado
que vaya a verle... ¿Tenéis la llave?

SILVIA La tiene el conserje.

LORENZO ¿Desde cuándo no habéis estado allá?

SILVIA Desde que *la cosa* comenzó... Ni aun
ahora tendría corazón para volver. Creo
que vería por todas partes las manchas
de sangre y encontraría en todo los ras-

tros de ella. ¡Ella es aún la dueña allá!
Aquel lugar es aún su dominio.

LORENZO El dominio de una estatua.
SILVIA No, no... ¿No sabéis que una llave ha
permanecido en sus manos? Ella entra
aún allá, como dueña... ¡Ah, os lo he
dicho, os lo he dicho: ella vive y es im-
placable!

LORENZO ¿Estáis segura de que ha vuelto allá des-
pués de lo acaecido?

SILVIA Estoy segura. Su audacia no reconoce lí-
mites. No tiene ni piedad ni vergüenza.

LORENZO Y Lucio, ¿lo sabe?

SILVIA No lo sabe. Mas lo sabrá, tarde o tem-
prano. Ella encontrará el modo de que él
lo sepa.

LORENZO Mas ¿por qué?

SILVIA Porque ella es implacable; porque no re-
nuncia a su presa. (Una pausa. El viejo se que-
da pensativo. La voz de Silvia se torna temblorosa y
ronca.) Y la estatua... La Sfinge... ¿la ha-
béis visto?

LORENZO (Después de una corta vacilación.) Sí, la he visto.

SILVIA ¿Os la mostró él?

LORENZO Sí; un día del octubre pasado. La había
acabado entonces. (Una pausa.)

SILVIA (Con voz que le tiembla y a veces le falta.) Es ma-
ravillosa, ¿verdad?... ¡Decid!

LORENZO Sí; es bellísima.

SILVIA ¡Para la eternidad! (Una pausa llena de miles
de cosas indefinidas y todavía inevitables.)

LA VOZ DE BEATA (Desde el fondo del jardín.) ¡Mamá!
¡Mamá!

LORENZO La pequeña os llama.

SILVIA (Inclinándose de brucez en el alfeizar.) ¡Beata!
¡Ah!... Mi hermana Francisca atraviesa
el jardín. Viene con ella Cosme Dalbo.
¿Sabéis? Cosme ha regresado de El Cai-
ro, arribando ayer tarde a Florencia.
Lucio se alegrará mucho al verlo.

LORENZO (Levantándose para partir.) ¡Adiós, cara Sil-
via! Hasta mañana.

SILVIA ¡Permaneced aún un poco! Mi hermana querrá veros.

LORENZO Preciso marcharme. Es ya tarde.

SILVIA ¿Cuándo tendré el regalo que me habéis prometido?

LORENZO Quizás mañana.

SILVIA ¡Sin quizás, sin quizás! Lo espero. Es necesario que vengáis aquí todos los días. ¡No me abandonéis! Confío en usted. ¡Recordad que una amenaza pende aún sobre mi cabeza!

LORENZO No temer. ¡Alzar a la esperanza el corazón!

SILVIA (Volviéndose a la puerta.) Aquí está Francisca.

ESCENA II

Entra FRANCISCA DONI y corre hacia la hermana a abrazarla, mientras COSME DALBO saluda a Lorenzo Gaddi, que está para salir.

FRANCIS. ¿No ves a quien te traigo? Nos hemos encontrado delante de la cancela. Salud, maestro. ¿Cómo, os marcháis cuando yo entro? (Saluda al viejo.)

SILVIA (Tendiéndole la mano al joven, cordialmente.) Bien llegado, Dalbo. Os esperábamos. Lucio está impaciente por volver a veros.

COSME (Con solicitud afectuosa.) ¿Cómo está? ¿Se ha levantado? ¿Está ya restablecido?

SILVIA En plena convalecencia: un poco débil aún; mas de día en día va reconquistando sus fuerzas. La herida está enteramente cerrada. Lo veréis ahora mismo. Será una gran alegría para él. Me ha preguntado por vos muchas veces esta mañana. Está impaciente. (Se vuelve a Lorenzo Gaddi. Sale con un paso vivo y ligero. La hermana, el maestro y el amigo la siguen con los ojos hasta el umbral.)

FRANCIS. (Con una sonrisa cariñosa.) ¡Pobre Silvia! Parece, desde hace algunos días, que tiene alas. Cuando la miro en ciertos momentos, creo que está para levantar el vuelo hacia la felicidad. Y ninguna más digna que ella de ser feliz, ¿no es verdad, maestro? Vos la conocéis.

LORENZO Cierto. Ella es tal como vuestros ojos de hermana la ven. Salió alada de su martirio. Hay en ella una especie de estremecimiento incesante. Lo sentía antes, mientras estaba a su lado. Vive verdaderamente en estado de gracia. No hay altura a la que ella no pueda ascender. Lucio tiene en sus manos una vida de llama, una fuerza infinita.

FRANCIS. ¿Habéis estado mucho tiempo con él, hoy?

LORENZO Sí; una hora.

FRANCIS. ¿Cómo le hallasteis?

LORENZO Desbordante de hermosura y de esperanza. Vos lo veréis pronto, Dalbo. Su sensibilidad es peligrosa. Las personas que le aman pueden hacerle mucho bien y mucho mal. Una palabra le agita y le descompone. Tened cuidado con vuestras palabras, ya que le amáis. Hasta otra visita. Tengo precisión de marchar. (Se despiden de las dos, para salir.)

FRANCIS. ¡Hasta la vista, maestro! Mañana nos veremos aquí. ¡Tenéis horror de mis escaleras! (Acompaña al viejo hasta la puerta, y después torna junto al amigo.) ¡Qué foco de inteligencia y de bondad en ese viejo! Cuando él entra en una estancia, parece que trae un consuelo para todos. Quien está triste se alivia y quien es feliz se exalta.

COSME Es un animador; pertenece a la más noble casta de los hombres. Su obra es una continua exaltación de la vida: es el constante esfuerzo de comunicar una chispa de luz, tanto a sus estatuas como

a los seres que encuentra en su camino. Lorenzo Gaddi me parece digno de una gloria más alta que aquella que le han concedido sus contemporáneos.

FRANCIS. ¡Es verdad, es verdad! ¡Si supierais de qué energía y de qué delicadeza ha dado pruebas en esta horrible desventura! Cuando la cosa ocurrió mi hermana no estaba aquí: había ido a ver a nuestra madre a Pisa, con Beata. La escena pasó en el estudio, allá, sobre Mugnone, casi al atardecer. Solamente el conserje oyó el disparo. Cuando hubo descubierto la verdad, por instinto corrió a advertir a Lorenzo Gaddi antes que a nadie. En la angustia y en el horror de aquella tarde de invierno, entre la confusión y la incertidumbre, él jamás perdió el ánimo ni tuvo el menor instante de vacilación. Conservó siempre una extraña lucidez, por la cual todos fuimos dominados. Sólo él disponía; nosotros obedecíamos. El ordenó transportar al pobre Luis, moribundo, a esta casa. Los médicos desesperaban de su salvación. El solo repetía, con una fe obstinada: «No, no morirá, no morirá; no puede morir.» Yo le creí. ¡Ah, qué noche heroica, Dalbo! Y después la llegada de Silvia, el anuncio que él mismo le dió, la prohibición que le hizo de entrar en la estancia, donde un soplo podía apagar aquel rescoldo de vida; y la fuerza de él, la increíble resistencia para la vigilia y el reposo durante semanas enteras, la vigilancia fiera y silenciosa con la cual ella custodiaba el umbral como para impedir el paso a la muerte...

COSME ¡Y yo, lejos, ignorante de todo, balanceándome ociosamente en una barca sobre el Nilo! Sin embargo, una especie de presentimiento me asaltó antes de partir. Recuerdo que intenté por todos los me-

dios convencer a Lucio para que me acompañase en el viaje que habíamos, en otros tiempos, soñado juntos. El habla acabado por aquellos días su estatua, y yo pensaba que aquel mármol estupendo fuese su liberación. Me respondió: «¡No, aún!» Y algunos meses después debía buscarla en la muerte. ¡Ah, si yo no hubiese partido, si hubiese permanecido a su lado, si hubiese sido más fiel, si hubiese sabido defenderlo contra la enemiga, nada habría ocurrido!

FRANCIS. No es preciso atormentarse, ya que de tanto mal puede venir algún bien. ¡Dios sabe en qué desesperada tristeza mi hermana se habría consumido, si la acción violenta no la hubiese reunido a Lucio de improviso! Mas no creáis que la enemiga ha depuesto las armas. Ella no abandona el campo...

COSME ¿Qué? Gioconda Dianti...

FRANCIS. (Haciendo el signo del silencio y bajando la voz.) ¡No pronunciar ese nombre!

ESCENA III

Aparece sobre el umbral LUCIO SETTALA apoyado en el brazo de SILVIA, pálido y descarnado, con los ojos, extraordinariamente engrandecidos por el sufrimiento, con una sonrisa tenue y dulce que afina su boca voluptuosa.

LUCIO ¡Cosme!

COSME (Volviéndose, presuroso.) ¡Oh, Lucio, querido amigo! (Estrecha al convaleciente entre sus brazos, mientras Silvia se separa, se acerca a la hermana y sale con ella lentamente, deteniéndose a mirar al amado antes de desaparecer.) Ya estás curado, ¿no es verdad? Ya no sufres. Te encuentro un poco pálido, algo demacrado, mas no mucho. Tienes el aire que adquirirías ciertas veces al salir de un período de labor febril,

cuando permanecías doce horas al día delante de tu barro, devorado por la gran llama. ¿Te acuerdas?

LUCIO (Desvanecido, girando la mirada por ver si Silvia está aún en la estancia.) Sí; sí...

COSME Entonces también tus ojos se agrandaban.

LUCIO (Con un inquietud indefinible, casi infantil.) ¿Y Silvia? ¿Dónde está Silvia? ¿No andaba aquí con Francisca?

COSME Nos han dejado solos.

LUCIO ¿Por qué? Ella cree, quizás... No, yo no te diré nada, yo no sé ya nada. Tú sabes quizás, yo no; ni recuerdo ni quiero recordar más... ¡Háblame de ti! ¡Háblame de ti! ¿Es bello el desierto? (Habla de una manera singular, como soñando, con una mezcla de agitación y de estupor.)

COSME Te diré. Mas necesito que no te fatigues. Te contaré toda mi peregrinación; vendré a verte todos los días, si quieres; te volveré a narrar cuanto te agrade, pero sin que tú te canses. Siéntate aquí...

LUCIO (Sonriendo.) ¿Tú crees que estoy tan débil?

COSME No; tú ya estás bien, mas es mejor que no te canses. Siéntate aquí... (Lo hace sentar junto a la ventana; mira la colina dibujada puramente sobre el cielo de abril.) ¡Ah, querido, cosas maravillosas han mirado mis ojos, y han bebido una luz que aun ésta, a su lado, parece muerta! Mas cuando vuelvo a contemplar una sencilla línea como aquella de allá, (Mira San Miniato.) me parece encontrarme a mí mismo después de un intervalo de horror. ¡Mira allá, la colina bendita! La pirámide de Chéope no hace olvidar la *Bella Villanella*, y más de una vez en los jardines de Koubbeh y de Gizeh, repletos de mieles, masticando un grano de resina, he pensado en un esbelto ciprés toscano en el límite de un obscuro olivar.

LUCIO (Entornando los ojos bajo el aliento primaveral.) Se está bien aquí, ¿es verdad? Hay un olor a violetas... ¿Ves tú algún ramo en la estancia? Silvia las mete por todas partes, aun debajo de mi almohada.

COSME ¿Sabes? Te he traído, entre las páginas de un Corán, violetas del desierto. Las he cogido en el jardín de un monasterio persa, vecino a la Tebaide, al lado de Mokattam, sobre una altura de arena. Allá, en una caverna cavada en el monte, cubierta de alfombras y cojines, los frailes ofrecen a los visitantes un te de un sabor especial, el te árabe perfumado de violetas.

LUCIO ¡Y tú me las has traído, enterradas en un libro! Eras feliz cuando las cogías allá, y yo pude haberlo sido también contigo.

COSME Todo era olvido allí. Salía por una larga escalera de piedra derecha, que conduce desde el pie de la montaña a la puerta de Bectaschiti. El desierto se extendía en torno; una inmensa aridez alucinante, donde sólo vivían el palpitar del viento y el tremolar del calor. No se distinguían aquí y allá, entre las dunas, más que las piedras blancas de los cementerios árabes. Se oían los gritos de los gavilanes altísimos en el cielo. Miraba sobre el Nilo pasar los barcos de las grandes velas latinas, blancos, lentos, continuadamente, continuadamente como cae la nieve, y poco a poco me dominaba un éxtasis que tú aun no lo has podido conocer: el éxtasis de la luz.

LUCIO (Con voz que parece lejana.) ¡Yo he podido estar contigo! Vagar, olvidar, soñar, embriagarme de luz. Tú has navegado sobre el Nilo, ¿verdad?, en una vieja barca cargada de conchas y de dátiles. Tú has descendido en una isla al caer la tarde; tenías sed, te has aproximado a una

corriente, aplacándola; has caminado con los pies desnudos sobre las flores, y el olor era tan fuerte que te parecía no tener hambre. ¡Ah, yo he pensado, yo he sentido estas cosas desde mi cabecera! Y aun por el desierto te seguía cuando la fiebre era más alta; por un desierto de arenas rojas, todo sembrado de piedras brillantes, que se retorcián crepitantes como los sarmientos al fuego. (Una pausa.

Se levanta un poco, interrogando con acento claro y los ojos abiertos.) ¿Y la Sfinge?

COSME

La primer vez que la vi fué de noche, a la lumbre de las estrellas, hundida en la arena, que conservaba aún los vestigios de los últimos turbiones. Solamente la faz y la grupa emergían, confundiendo la forma humana y la bestial. La faz, donde la sombra ocultaba las mutilaciones, en aquella hora me pareció bellísima: calma, augusta y cerúlea como la noche casi mística. No hay, Lucio, ninguna cosa en el mundo más solitaria que aquélla; mas mi alma estaba como delante de multitudes que durmiesen y sobre cuyos párpados cayera el rocío. La volví a ver, después, de día. La faz era bestial como la grupa; la nariz y la garganta estaban corroídas. Era el pesado monstruo sin alas imaginado por los excavadores de sepulcros, por los embalsamadores de cadáveres. Y se me reapareció en el sol tu Sfinge imperiosa y pura que lleva las alas aprisionadas vivas en los homoplatos.

LUCIO

(En una conmoción súbita.) ¿Mi estatua? ¿Tú hablas de mi estatua? Tú la viste, es verdad, antes de partir, y te pareció bella. (Mira inquieto hacia la puerta, temiendo que Silvia pueda oírle, y baja la voz.) Te pareció bella, ¿no es verdad?

COSME

Bellísima. (Lucio se cubre los ojos con ambas ma-

nos, y queda por algunos instantes absorto como evocando una visión en la obscuridad.)

LUCIO

(Descubriéndose.) No la veo más. Me huye. Aparece y desaparece como un relámpago, confusa. Si la tuviese ahora aquí, delante, me parecería nueva; lanzaría un grito. ¡Yo la he esculpido, sí, con estas manos! (Se mira las manos, afiladas y sensitivas. Una agitación creciente le invade.) No sé nada, no sé nada. En la primera fiebre, cuando tenía aún el plomo en la garganta y el vuelo de la muerte sobre el alma perdida, la veía derecha al pie del lecho, encendida como una torcia, como si yo mismo la hubiese plasmado en una materia incandescente. Así, durante muchos días y muchas noches, la vi a través de mis párpados. Se encendía con mi fiebre. Cuando mis pulsos ardían, ella era de llamas. Parecía que salía y rebullía en ella toda la sangre vertida a sus pies...

COSME

(Inquieto, mirando a la puerta por el mismo temor.) ¡Lucio, Lucio, tú decías antes que no sabías ya nada, que no querías recordar más nada!... ¡Lucio! (Sacude dulcemente al amigo, que se ha quedado fijo.)

LUCIO

(Reprimiéndose.) No temas. Todo está allá, lejano, en el fondo del mar. Aun esa estatua se ha sumergido con las otras cosas, después del naufragio. Por eso yo no la veo sino confusamente, a través de las altas aguas.

COSME

Ella sola será salvada. Vivirá eternamente, y tanto dolor no se habrá sufrido en vano, tanto mal no habrá sido inútil, si ahora una cosa bella se agrega al ornamento de la vida.

LUCIO

(Sonriendo aún con una sonrisa tenue, y hablando con voz lejana.) Es verdad. Yo pienso alguna vez en aquel que naufragó en una tempestad con todo su cargamento. En una jornada serena como hoy coge una bar-

ca y una red y torna al lugar del naufragio con la esperanza de extraer del fondo alguna cosa, Y, después de mucha fatiga, saca a la ribera una estatua. Y la estatua es tan bella, que al volver a verla llora de alegría, y se sienta en la ribera del mar a contemplarla, y se encuentra pagado por aquel bien y no quiere buscar otro, y «olvidó todo el resto». (Se levanta casi con ímpetu.) ¿Por qué no vuelve Silvia? (Escucha.) ¿Quién ríe? ¡Ah, es Beata en el jardín! ¡Mira! San Miniato es de oro: fulgura. ¿Es más gloria la luz de Thebas?

COSME

¡El éxtasis de la luz! Te lo he dicho: tú no podrás conocerlo aquí. Cercos, guirnaldas rotas, rosas de esplendor, innumerables chispas... Los versos del *Paraiso* vuelven a la memoria. Sólo Dante ha encontrado las palabras semejantes. En ciertas horas, el Nilo se convierte en corriente de topacios. Como una piedra tirada al agua, un gesto en el aire suscita miles y miles de ondas. Todas las cosas nadan en la luz; las hojas brillan. Las mujeres que pasan a lo largo del río, flamean como las milicias angélicas de la Cántica, distintas y vestidas «de fulgor y de arte». (Lucio, habiendo descubierto en una mesa el ramo de violetas, le coge y casi hunde en él su rostro para aspirar el perfume.)

LUCIO

(Teniendo aún en las manos el ramo de violetas y entornando los ojos en la delicia del perfume.) ¿Son bellas, las mujeres del Nilo?

COSME

Algunas: las adolescentes tienen el cuerpo de una pureza y de una elegancia estupendas. Tú, que prefieres las musculaturas ágiles y ligeras, una cierta acerbidad en las formas, las piernas largas y nerviosas, encontrarías allí modelos incomparables. ¡Cuántas veces te he invocado! En la isla Elefantina, tenía una

amiga de catorce años: una jovencita dorada como un dátíl, delgada, esbelta, árida, con las caderas fuertes y en arco, los muslos potentes y derechos, las rodillas perfectas, cosa rarísima, como tú sabes. En aquella delgadez dura, que daba la imagen de un arma de acero precisa y fina, tres cosas me seducían con una gracia infinitamente suave: la boca, la sombra de las pestañas y la extremidad de los dedos. Ella se trenzaba los cabellos con los dedos, que eran rojos en los extremos como pétalos teñidos en púrpura; y mirarla en aquel acto, sobre el umbral de la casa blanca, era la alegría de mis mañanas. Hubiera querido traértela con las estatuillas, con los relicarios, con el tabaco, con los perfumes, con las estofas, con las armas. Mas te he traído un bello arco que se le asemeja un poco.

LUCIO

(Con una leve turbación, inclinando un poco la cabeza.) ¡Debe ser una criatura deliciosa!

COSME

Deliciosa e inofensiva. Ella semeja un bello arco, mas sus flechas no están envenenadas.

LUCIO

¿Tú la amabas?

COSME

Como amo a mi caballo y a mi perro.

LUCIO

Tú eras feliz allá; tu vida era fácil y ligera. Era, pues, la isla Elefantina aquella donde yo te vi arribar en sueños. ¡Habría podido estar contigo! Mas yo iré, yo iré. ¿No deseas volver? Yo tendré una casa blanca sobre el Nilo; haré mis estatuas con limo del río y las alzaré en aquella luz tuya, que las convertirá en oro... ¡Silvia! ¡Silvia! (Llama junto a la puerta, como asaltado de una impaciencia repentina, de una voluntad ansiosa de no morir.) ¿Será demasiado tarde?

COSME

Es demasiado tarde. Se aproxima el estío.

LUCIO

¿Qué importa? Yo amo el estío, el calor, aun la asfixia. Todos los granados flore-

cerán en los jardines, y alguna vez lloverá y sentiremos suspirar de voluptuosidad la tierra bajo las largas gotas cálidas...

COSME

Mas ¿el Khamsin?, cuando todo el desierto se levanta contra el Sol. (Silvia aparece en el umbral, sonriendo, toda ella movida de una sencilla animación. Ha mudado de traje. Viene vestida de un color más claro, primaveral, y trae en la mano un ramo de rosas frescas.)

SILVIA

¿Qué dice Dalbo contra el Sol? ¿Me has llamado, Lucio?

LUCIO

(Preso de una especie de timidez inquieta, como la de un hombre que siente el desco de abandonarse y no se atreve.) Sí, te he llamado. ¿Por qué tardabas tanto en volver?... ¡Cosme me contaba tantas bellas cosas de su viaje! Quería que tú las oyeras... (Mira a su mujer con ojos atónitos, como si descubriese en ella una gracia nueva.) ¿Ibas a salir?

SILVIA

(Enrojeciendo un poco.) ¡Ah! Lo dices por mi traje... Me lo he puesto para probármelo delante de Francisca... Mi hermana os da sus excusas a los dos por haberse ido sin saludaros. Tenía prisa: la esperaban sus pequeñuelos. Pronto volveréis a verla, Dalbo. (Coloca sobre una mesa el ramo de rosas.) ¿Coméis con nosotros esta tarde?

COSME

Gracias. Esta tarde no puedo. Mi madre me espera.

SILVIA

Es justo. ¿Mañana, entonces?

COSME

Mañana. Te traeré, Lucio, mis regalos.

LUCIO

(Con una curiosidad infantil.) ¡Sí, tráelos, tráelos!

SILVIA

(Sonriendo con un aire misterioso.) Yo también, mañana, tendré un regalo.

LUCIO

¿De quién?

SILVIA

Del maestro.

LUCIO

¿Qué regalo?

SILVIA

Ya verás.

LUCIO

(Con un movimiento de alegría.) Tú también verás cuántas bellas cosas me ha traído

Cosme: estofas, perfumes, armas, relicarios...

COSME

Amuletos contra todos los males, talismanes para la felicidad. Sobre el Gebelet-Tair, en un convento copto, he encontrado el más virtuoso de los amuletos. Un monje me narró la larga historia de un cenobita que, en tiempos de las primeras persecuciones, habiéndose refugiado en un hipogeo, encontró una momia, y sacándola fuera de su envoltorio de bálsamos, la reanimó. Y la momia resucitada, con sus labios pintados, le contó su antigua vida, un verdadero tejido de felicidad. En fin, como el cenobita quería convertirla, ella prefirió envolverse de nuevo en sus bálsamos, mas antes le regaló el amuleto preservador. Deciros el uso que de él hizo el cenobita y las vicisitudes por las cuales, a través de los siglos, llegó a manos del buen copto, sería demasiado largo. Ciertamente no hay en el Egipto otro mas virtuoso. Miradlo: os lo ofrezco; os lo ofrezco a ambos. (El presenta el amuleto a Silvia, que lo observa atentamente y después se lo ofrece a Lucio.)

SILVIA

¡Qué azul! Es más espléndido que una turquesa. Mira.

COSME

El copto dijo: «Pequeño como una gema, grande como un destino.» (Lucio coloca la piedra mística entre los dedos, que le tiemblan un poco.) Y adiós, hasta mañana. ¡Buenas tardes!

SILVIA

(Cogiendo del ramo una rosa y ofreciéndosela.) Tomar una rosa fresca en cambio del amuleto. Llevársela a vuestra madre.

COSME

Gracias. Hasta mañana. (Renueva los saludos y sale.)

ESCENA IV

LUCIO SETTALA sonríe con timidez, jugando con el amuleto entre los dedos, mientras SILVIA coloca el ramo de rosas en una copa. Ambos en el silencio, sienten palpar sus corazones ansiosos. El sol declinante dora la estancia. Por el hueco de las ventanas aparece el cielo empalidecido. San Miniato, esplendente sobre la altura; el aire es suave y dulce.

- LUCIO (Mirando al aire, en acecho, con voz baja.) Hay una abeja en la estancia.
- SILVIA (Levantando el rostro.) ¿Una abeja?
- LUCIO Sí, ¿no sientes? (Ambos tienden el oído al murmullo.)
- SILVIA Es verdad.
- LUCIO La has traído tú con las rosas.
- SILVIA Éstas las ha cogido Beata...
- LUCIO La he sentido reír, antes, allá en el jardín.
- SILVIA ¡Está contentísima por haber regresado a su casa!
- LUCIO Fué un bien alejarla entonces...
- SILVIA Se ha puesto más bella y más fuerte, respirando el olor de los pinos. ¡Qué bella debe ser la primavera en la Boca de Arno! ¿Desearías ir allá?
- LUCIO Allá... Al mar... ¿Te agradaría? (Sus voces son alteradas por un breve temblor.)
- SILVIA Pasar allí una primavera fué siempre mi sueño.
- LUCIO (Sofocado por la emoción.) Y tu sueño es el mío, Silvia. (El amuleto se le cae de las manos.)
- SILVIA (Inclinándose vivamente a cogerlo.) ¡Ah, lo has dejado caer! Es un mal presagio... Mira. ¡Lo pondré en la cabeza de Beata! «¡Pequeño como una gema, grande como un destino!» (Coloca el amuleto delicadamente sobre las flores.)
- LUCIO (Tendiendo las manos hacia ella, como implorando.) ¡Silvia! ¡Silvia!
- SILVIA ¿Te sientes mal? Te has puesto más páli-

do... ¡Ah, te has fatigado hoy demasiado! ¿Estás cómodo? Siéntate aquí, siéntate. ¿Quieres un sorbo de aquel elixir? ¿No estás bien? ¡Dí!

LUCIO

(Cogiéndole las manos en un ímpetu de amor.) No, no, Silvia... Jamás me he sentido tan bien... ¡Tú, tú, siéntate, siéntate aquí, y yo a tus pies, al fin, con toda mi alma, para adorarte, para adorarte! (Se deja caer en el diván y él de rodillas delante de ella. Silvia, toda descompuesta y temblorosa, pone las manos sobre los labios de él como para impedir que hable. Entre los dedos van pasando el aliento y las palabras de Lucio.) ¡Al fin! Era como una avalancha que venía de lejos, una avalancha de todas las cosas bellas y de todas las cosas buenas que tú has arrojado sobre mi vida, desde que me amas; y tenía el corazón deseando estallar, tan lleno, que antes vacilaba bajo tanto peso y moría de angustia y de dolor, porque no osaba decir...

SILVIA

(Blanco el rostro y la voz rota.) ¡No digas, no digas más!

LUCIO

¡Escúchame, escúchame! Todas las penas que has sufrido, las heridas que recibiste sin un grito, las lágrimas que escondías porque yo no tuviese remordimientos, las sonrisas con las cuales velabas tus agonías, la infinita piedad por mi error, tu coraje invencible delante de la muerte, la lucha afanosa por mi vida, la esperanza que mantuviste siempre encendida a mi cabecera, las vigiliias, los cuidados, el incesante palpar, la espera, el silencio, la alegría; todo aquello que es dulce y heroico en ti, todo yo lo conozco, todo yo lo sé, querida, querida alma! Y si la violencia ha servido para despedazar un juego, o la sangre para rescatarme (¡oh, déjame decirlo!), yo bendigo la tarde y la hora en que me trajeron moribundo a esta casa de tu martirio y de tu

fe, para recibir otra vez de tus manos—de estas divinas manos que tiemblan—el don de la vida. (Imprime su boca convulsa en las palmas de ella. Silvia le mira a través del llanto que tiembla en sus pestañas, transfigurada por la felicidad imprevista.)

SILVIA

(Con la voz desfalleciente y rota.) ¡No digas, no digas más! El corazón me late. Tú me sofocas de alegría... Sólo una palabra esperaba de ti, una sola, nada más; y de pronto tú me inundas de amor, tú me rompes todas las venas, tú me levantas más allá de la esperanza, tú traspasas mi sueño, tú me das la felicidad que está sobre toda espera... ¡Ah! ¿Qué dijiste tú de mis penas? ¿Qué es el dolor sufrido, qué es el silencio, qué son las lágrimas, las sonrisas, comparadas con esta dicha que me transporta? Ahora siento no haber sufrido más por ti... Antes no toqué aún el fondo del dolor, mas ahora sé que he llegado a la cumbre de la felicidad.

(Le acaricia perdidamente la cabeza, que él tiene abandonada sobre sus rodillas.) ¡Álzate! ¡Álzate! Ven más cerca de mi corazón; reposa sobre mí, abandónate a mi ternura, posa mis manos sobre tus párpados, calla, sueña, recoge las fuerzas profundas de tu vida. No debes amarme a mí solamente, sino al amor que yo siento por ti. ¡Ama a este amor mío! Yo no soy bella, yo no soy digna de tus ojos, soy una humilde criatura en la sombra; mas mi amor es maravilloso, y siempre en alto, y siempre en alto, es solo, es seguro como el día, es más fuerte que la muerte, es capaz de un prodigio: te dará cuanto le pidas, y tú podrás pedirle aun aquello que nunca fué esperado. (Lo aproxima a su corazón, levantándole la cabeza. El tiene los ojos cerrados y los labios contraídos, palidísimos, extenuado, embriagado.) ¡Álzate! ¡Álzate! Ven más cerca de mi cora-

zón, reposa sobre mí. ¿No sientes que pueden abandonarte, que nada es más seguro que mi pecho, que siempre encontrarás en él tu reposo y tu alegría? ¡Ah! Yo he pensado alguna vez que esta certidumbre podría embriagarte como la gloria... (Con ambas manos le separa la cabeza para descubrirle la frente.) ¡Bella frente poderosa, signada, bendecida! ¡Que todos los gérmenes de la primavera se abran en tus pensamientos nuevos! (Temblorosa, le imprime sus labios. Mudo él, le tiende los brazos. El crepúsculo aparece una aurora.)

FIN DEL ACTO PRIMERO